

sentado su suprema grandeza, que aleja de él á las criaturas; es preciso que ahora os hable de su bondad, que les tiende la mano y las invita á acercársele: una y otra son inconcebibles; y así como, desconfiando de mis fuerzas, me he valido para explicaros la primera de una enérgica expresion de Tertuliano, así tambien para la segunda me valdré de un excelente discurso de otro doctor de la Iglesia, el gran san Gregorio Nazianceno, que mereció entre los griegos el augusto renombre de teólogo, á causa de sus altas concepciones sobre la naturaleza divina.

15. Aquel grande hombre invita á todo el mundo á desear á Dios, por la consideracion de esa bondad infinita que tiene tanto placer en extenderse á sus criaturas; y despues de haber explicado esto con la mayor claridad, concluye con las siguientes palabras: «Ese Dios desea ser deseado; y ¿podeis creerlo? tiene sed en medio de su abundancia.» (*Orat. XL, t. I, pág. 657*). Pero ¿qué sed es la suya? sed de que los hombres tengan sed de él: *Sitit sitiri*. Á pesar de ser infinito en sí mismo, y de estar lleno de sus propias riquezas, nosotros podemos obligarle; y ¿cómo? Pidiéndole que nos obligue, porque él da con mas voluntad que los demás reciben: tales son las palabras de san Gregorio.

16. ¿No se diria, cristianos, que Dios es la imágen de una fuente viva, que por la fecundidad continua de sus claras y frescas aguas parece convidar á beber á los fatigados transeuntes? Esa fuente no necesita que se la limpie de su fango, ni de que la refresquen en su ardor, sino que contenta con su limpieza y con su frescura natural, no pide, á lo que parece, sino que beban de ella, y que vengán á lavarse y refrescarse con sus aguas. Del mismo modo la naturaleza divina, siempre rica, siempre abundante, no puede crecer ni disminuir, á causa de su plenitud; y lo único que le falta, si podemos hablar así, es que vayan los hombres á beber en su seno las aguas de la vida eterna, de las cuales es ella misma una fuente infinita é inagotable. Por eso dice con mucha razon san Gregorio que Dios tiene sed de que nosotros la tengamos de él; y que considera como un beneficio, el que le proporcionemos los medios de hacernos bien.

17. Y siendo esto así, cristianos, sería hacer una injuria á esa bondad, el no desearla. De aquí provienen los transportes de san Juan en las entrañas de su madre. El Precursor siente que su Maestro va á visitarle, y quisiera adelantarse á recibirle: el santo amor le impele, y se siente oprimido de deseos ardientes. ¿No veis, ó al-

mas santas, cómo procura romper sus lazos con sus impetuosos movimientos? Pues si pide la libertad, es solo para correr á los piés del Salvador; y si no puede ya sufrir su prision, es porque esta le separa de la presencia de Jesucristo.

18. Á nadie, pues, con mas razon que á san Juan Bautista, debemos imitar, para aprender á desear al Salvador de las almas; puesto que él es quien ha de preparar el camino. Sí, san Juan es el único que puede inspirarnos ese deseo ardiente; y si meditaís, cristianos, cuál es el misterio del santo Precursor, descubriréis fácilmente que fue enviado á la tierra para hacer que deseen los hombres á Jesucristo, y que de este modo es como debe preparar al Salvador el camino. En efecto, voy á haceros comprender el objeto de su mision, haciendo que otro san Juan, discípulo predilecto del Salvador, os explique las funciones de san Juan Bautista. Escuchad cómo se expresa aquel Apóstol en su Evangelio: «Hubo un hombre enviado de Dios, cuyo nombre era Juan: este hombre no era luz; pero venia al mundo para dar testimonio de ella,» esto es para dar testimonio de Jesucristo: *Non erat ille lux, sed ut testimonium perhiberet de lumine*. (Joan. I, 8). Y ¿no os admiráis, hermanas mias, de este modo de hablar del Evangelista? Jesucristo es la luz, y no le vemos: Juan Bautista no es la luz, y no solo le vemos, sino que nos descubre la luz misma! ¿Quién vió jamás semejante prodigio? ¿cuándo hemos oido decir que fuese preciso enseñar la luz á los hombres, y decirles: Ved aquí el sol? ¿No es la luz la que lo descubre todo? ¿no es ella la que con su vivo resplandor da brillo á los colores, y levanta el oscuro y espeso velo que cubria á la naturaleza? Pero hé aquí que el Evangelio nos enseña que la luz estaba en medio de nosotros sin que la percibiésemos, y lo que es mucho mas extraño, que Juan, que no es la luz, es enviado, sin embargo, para mostrárnosla: *Non erat ille lux!*

19. En este extraordinario acontecimiento, cristianos, no acusemos á la luz porque no puedan verla nuestros débiles ojos; acusemos mas bien á nuestra ceguedad; acusemos á la debilidad de nuestra vista, que no puede sufrir la claridad del dia. Hé aquí lo que san Agustin nos explica con estas sublimes palabras: *Tam infirmi sumus; per lucernam quærimus diem*. (In Joan. tract. II, n. 8, t. III, part. II, col. 301). San Juan no era mas que un pequeño blandon: *Erat lucerna ardens et lucens* (Joan. v, 35); y «tal es nuestra debilidad, que necesitamos una luz para conocer el dia:» necesitamos á Juan Bautista para conocer á Jesús: *Per lucernam*

*querimus diem*: lo cual significa, hermanas mías, que hacia falta á nuestros débiles ojos una luz suave y moderada, para acostumbarnos á la luz del mediodía; y que necesitábamos que se nos mostrasen algunos rayos de luz para que deseáramos ver al sol, del que nos habíamos completamente olvidado en la larga noche de nuestra ignorancia: porque esto era lo mas deplorable en la ceguedad de nuestra naturaleza, y os ruego que lo mediteis detenidamente.

20. En primer lugar habíamos perdido la luz, «el sol de la justicia no lucia ya para nosotros:» *Sol intelligentiae non ortus est eis.* (Sapient. v, 6). Y no solo habíamos perdido la luz, sino que habíamos perdido tambien el deseo de verla, y «preferíamos á la luz las tinieblas:» *Dilixerunt homines magis tenebras, quam lucem.* (Joan. III, 19). No solo habíamos perdido el deseo de ver la luz, sino que nos la quitaban la oscuridad y la ignorancia de la verdad; estas habian penetrado de tal modo en la naturaleza, que temíamos ver la luz misma, huíamos de ella y la aborrecíamos; porque «todo el que obra mal, aborrece la luz:» *Qui male agit, odit lucem.* (Joan. III, 20). Pero ¿de qué provenia en nosotros esta ceguedad, ó por mejor decir, este horror á la claridad? San Agustin nos lo explica perfectamente, haciéndonos ver la relacion que hasta cierto punto hay entre el entendimiento y los ojos del cuerpo, entre la luz espiritual y la sensible. Los ojos han sido hechos para ver la luz; y tú, alma razonable, has sido creada para ver la Verdad eterna, que ilumina á todo aquél que nace en el mundo. «Los ojos se alimentan con la luz:» *Luce quippe pascuntur oculi nostri,* dice san Agustin (in Joan. tract. XIII, núm. 5, t. III, part. II, col. 393); y «lo que demuestra, prosigue aquel gran Doctor, que la luz los alimenta y fortifica, es que si permanecen mucho tiempo en la oscuridad, se ponen débiles y enfermos:» *Cum in tenebris fuerint, infirmantur.* Y ¿por qué sucede esto, dice el mismo Santo, sino porque «están privados de su alimento, y como fatigados por un largo ayuno:» *Fraudati oculi cibo suo defatigantur et debilitantur, quasi quodam jejunio lucis?* Tal es tambien la causa de un fenómeno extraño, á saber: que cuando continúan privados de aquel agradable alimento, ó bien se los ve al fin desfallecer por falta de nutricion, ó si no mueren del todo, se quedan por lo menos tan débiles, que á fuerza de dejar de ver la luz, ya no pueden soportar sus rayos, y solo la miran á medias y con ojos inciertos y temblorosos. ¡Ah! volvednos, dicen entonces, nuestra oscuridad; quitadnos esta luz importuna: de modo

que la luz, que era su vida, se ha convertido en el objeto de su aversion. Cristianos, ¿no hemos sentido nosotros alguna vez esto mismo? ¿quién ignora que hemos sido criados para alimentarnos con la verdad? Por ella es por quien debe vivir el alma razonable: si deja este manjar celestial, pierde su fuerza y su sustancia; se pone lánguida y extenuada; no puede ver sino con trabajo; despues ya no desea ver; y finalmente, nada aborrece tanto como el ver. ¡Ah! esto es demasiado cierto, y está bien demostrado por la experiencia. Nos empeñamos en uniones criminales, no buscamos mas que las tinieblas; las nubes se condensan al rededor del entendimiento, y se ofusca la razon: el que se halla en este estado no puede ver, «la luz de sus ojos no está ya con él:» *Lumen oculorum meorum et ipsum non est mecum.* (Psalm. XXXVII, 2). Y si quereis convencers de que, en efecto, no quiere ver: que en medio de esas sombras que le rodean, se le acerque un amigo prudente que observe si hay allí algun sitio por donde pueda hacerle entrever la claridad, y él volverá los ojos y no querrá ver la luz, que le descubre un error que ama y del cual no quiere desengañarse: *Oculos suos stauerunt declinare in terram.* (Ibid. XVI, 2).

21. Ved aquí lo que son los pecadores, y lo que era en otro tiempo todo el género humano: la luz se habia retirado, dejando á los hombres enfermos en un largo olvido de la verdad. Y ¿qué haceis Vos, ó divino Jesús, esplendor eterno del Padre? ¿mostrar desde luego á nuestros ojos enfermos vuestra luz tan viva y tan resplandeciente? No, hermanas mías, Jesucristo no hace esto; él se oculta todavía en sí mismo; pero se refleja en san Juan. Jesucristo nos envia primero algunos rayos para fortificar poco á poco nuestra débil vista y hacernos desear insensiblemente la belleza del dia. Divino Precursor, esta es vuestra mision; y en este dia empezais su santo ejercicio.

22. En efecto, ¿no veis que Jesucristo no obra todavía? que no conmueve, que no se muestra, que no aparece aun en sí mismo, y que, sin embargo, brilla en san Juan? Por eso el buen Zacarías compara á Jesucristo al sol de Levante: *Visitavit nos oriens ex alto.* (Luc. I, 78). «El Oriente, dice aquel Santo, nos ha visitado.» Pero ¿cómo nos ha visitado, si está todavía en el seno de su madre, y aun no se ha descubierto al mundo? Es cierto, nos dice Zacarías; es un sol naciente; aun no se le ve aparecer, porque aun no ha salido del otro horizonte; pero ¿no veis como nos ha visitado ya? Nosotros vemos despuntar su luz y brillar sus rayos, de modo que

iluminan ya las montañas, porque ha lucido en la persona de su Precursor: *Visitavit nos oriens*. Mirad cómo el Precursor mismo se regocija con este nuevo día; considerad con qué transporte adora á esta luz naciente: pues todo eso lo hace porque quiere enseñarnos á desearla. En efecto, ¿no parece decirnos con ese estremecimiento admirable: por qué os deteneis, míseros mortales, en correr al seno del divino Jesús; por qué huís de su luz, que es la vida de los corazones, la paz de los espíritus, la única alegría de los ojos purificados, el manjar incorruptible de las almas fieles? ¿por qué no os dirigís á Jesucristo? ¿por qué no correis á adorarle? El que conmueve el corazón de un niño, ¿qué encantos no tendrá para los hombres? Jesucristo hace á ese niño estremecerse de alegría hasta en la oscuridad del seno materno; ¿qué será, pues, en su santuario? y si su proximidad basta para producir tan amables transportes, ¿qué no harán sus abrazos?

23. No, no me cansaré de repetirlo, hermanas mías. Aun no aparece Jesucristo, aun no obra, aun no habla, ¡y ya su divina presencia lo llena todo de alegría y del espíritu de Dios! ¡Qué dicha, qué gozo, el recibir de sus divinos labios las palabras de eterna vida; ver correr de ellos una fuente de agua pura, para refrigerar los abrasados corazones; mirarle buscar misericordiosamente á los pecadores, y oír resonar su voz paternal, que llama á su lado á todos los que trabajan, y les promete un dulce reposo! Pero ¡cuánto mayor no será el placer de contemplarle en su gloria, descubierta su faz divina, y saciar eternamente sus ojos en sus bellezas inmortales!

24. ¡Ah! ¿qué tardamos, almas cristianas? ¿cómo no excitamos nuestros deseos, cómo no avivamos nuestras ansias demasiado apacibles? No es san Juan el único que siente de cerca á ese divino Salvador, y desea ardientemente su santa presencia: siempre que se ha previsto á Jesucristo, por remotamente que haya sido, se le ha deseado con fervor. «Mi alma, decía David, se muere por Vos; ¿cuándo llegaré, cuándo me acercaré á la faz de mi Señor?» *Quando veniam, et apparebo ante faciem Dei?* (Psalm. xli, 3). ¡Qué vergüenza, qué indignidad, si despues de suspirar por Jesucristo de lejos aquellos á quien él se acerca, no se cuidan de él cuando le poseen! Porque, en efecto, hermanos míos, ¿no está Jesucristo con nosotros, no le tenemos en nuestros santos altares? Corramos, pues, á esa mesa mística, y tomemos con avidez ese cuerpo y esa sangre; no tengamos apetito mas que de esa carne, no tengamos sed mas

que de aquel licor precioso; porque, para desear bien á Jesucristo, es preciso que no deseemos mas que á él. Sí, deseemos á Jesucristo con transporte; en él encontraremos la paz de nuestras almas, esa paz que él mismo nos muestra en el ejemplo de la bienaventurada María. Esta será la conclusion de mi discurso.

*Tercera parte: La paz y alegría de María, embarazada de Jesús, nos muestra la paz y alegría del alma que lo posee.*

25. Ved aquí el cumplimiento de la obra de Dios en las almas que ha elegido. Él las purifica por medio de la humildad, las inflama con los deseos, y, finalmente, se entrega á ellas, y les lleva consigo una paz celestial. Tales son, hermanas mías, las castas delicias de esa santa y divina paz que regocija á la santísima Virgen en Nuestro Señor, y que le hace decir con acento de alegría: «Mi alma ensalza el nombre del Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador:» *Magnificat anima mea Dominum*. (Luc. i, 47). En efecto, su alma está en paz, puesto que posee á Jesucristo. Y por esta razon, no pudiendo yo explicar bastante bien esa paz inconcebible de las almas piadosas, me dirijo á la santísima Virgen; y os ruego que aprendais en su ejemplo esas incomparables dulzuras, recorriendo el sagrado cántico que arrebató en este día al cielo y la tierra. Pero para comprender lo demás debo manifestaros, en compendio, las instrucciones que el mismo cántico contiene, sin perjuicio de examinarlas despues minuciosamente en el poco tiempo que nos queda.

26. Para esto, divido el cántico en tres partes. En la primera, nos dice los favores que ha recibido de Dios. «El Señor, exclama la Virgen, ha reparado en mi nulidad, ha hecho en mí grandes prodigios, y ha desplegado sobre mí todo su poder.» En la segunda parte, habla María del desprecio del mundo, y considera su gloria abatida. «Dios ha destruido á los soberbios, Dios ha aniquilado á los poderosos; y para castigar á los ricos avaros, les ha despachado con las manos vacías.» Finalmente, en la tercera parte, María concluye su sagrado cántico admirando la verdad de Dios y la fidelidad de sus promesas: «Dios se ha acordado de su misericordia conforme lo habia prometido á nuestros padres:» *Sicut locutus est ad patres nostros*. (Ibid. 55). Ved aquí tres cosas que parecen muy confusas, y que no tienen al parecer gran conexión: sin embargo, esta conexión es admirable, y yo os ruego, hermanas mías, que la com-

prendais bien, porque me parece que el designio de la Virgen es excitar á los corazones de los fieles á amar la paz que Dios da. Para mostrarles las dulzuras de esta paz, María les descubre primero en su cántico el origen de ella; origen ciertamente admirable; la mirada de Dios hácia los justos, su bondad que los acompaña, su providencia que vela sobre ellos: *Respexit humilitatem ancilla suae* (ibid. 48): hé aquí lo que hace nacer la paz en las almas santas. Pero como el brillo de los favores del mundo, y las vanas dulzuras que promete, podrian disgustarlas de las que ofrece Dios, María les muestra en seguida el mundo abatido, y su gloria destruida y aniquilada. Finalmente, como esa destruccion de las grandezas humanas y la completa felicidad de las almas fieles no la vemos en este siglo; temiendo que nos cansemos de esperar, María fortifica nuestro espíritu en la paz de Dios, con la seguridad de sus promesas. Ved aquí el orden y el compendio del sagrado cántico; tal vez no os parecerá aun bastante claro; pero yo espero, cristianos, que lo habeis de comprender fácilmente.

27. Consideremos, ante todas cosas, el origen de esta paz, y comprendamos su dulzura, por la causa que la produce. Dínosla tú, ¡oh divina Virgen! dínos por qué se regocija tu espíritu en Dios. «Porque Dios me ha mirado, y ha querido dirigir una mirada á la «humildad de su sierva.» *Quia respexit humilitatem ancilla suae.* Es preciso comprender, hermanas mías, lo que significa esta mirada de Dios, y concebir los bienes que ella encierra. Notad que en las sagradas Escrituras la mirada de Dios á los justos significa, en algunos parajes, su favor y su benevolencia; y en otros, su socorro y su proteccion. Dios dirige hácia ellos una mirada de favor; les mira como un buen padre, pronto siempre á escuchar sus súplicas; y esto es lo que quiere decir el Rey profeta cuando exclama: *Oculi Domini super justos, et aures ejus in preces eorum.* (Psalm. XXXIII, 16). «Los ojos de Dios están fijos en los justos, y sus oidos atentos á sus «ruegos;» ved aquí la mirada de favor. Pero el mismo Profeta, hermanas mías, nos explica en otro salmo la mirada de proteccion: *Ecce oculi Domini super metuentes eum, et in eis qui sperant super misericordia ejus* (ibid. 18): «Hé aquí, dice, que los ojos de Dios velan continuamente sobre los que le temen.» Y ¿por qué? *Ut eruat à morte animas eorum, et alat eos in fame* (ibid. 19): «Para librar sus almas «de la muerte, y alimentarlas en medio de su hambre.» Aquí tenéis esa mirada de proteccion, por la cual vela Dios sobre los hombres de bien, para apartar de ellos los males que les amenazan. Por

eso el mismo David añade: «Nuestra alma espera en el Señor, por- «que él es nuestro protector y nuestra ayuda:» *Anima nostra sustinet Dominum; quoniam adjutor et protector noster est.* (Ibid. 20). Un alma, sostenida por esa doble mirada, ¿qué puede desear para tener la paz? Esto es lo que quiere decir la santísima Virgen, cuando nos manifiesta que Dios la mira.

28. En efecto, María es, hermanas mías, la que por un favor singular fue honrada con esta doble mirada de la Providencia: Dios la miró favorablemente, cuando la prefirió á todas las demás mujeres; ¿qué digo, á todas las mujeres? á los Ángeles, á los Serafines, y á todas las criaturas. La mirada de proteccion veló por María, cuando apartó léjos de ella la corrupcion del pecado, los deseos de la concupiscencia y las comunes maldiciones de nuestra naturaleza: por eso canta María con tanto regocijo. Escuchad, escuchad cómo celebra el favor de Dios: *Fecit mihi magna qui potens est* (Luc. 1, 49): Dios me ha colmado de su gracia. Ved tambien cómo se alaba de su proteccion: *Fecit potentiam in brachio suo* (ibid. 51): «Su brazo «ha mostrado en mí su poder,» Dios me ha llenado de sus gracias, y ha obrado en mí tales prodigios, que ninguna criatura puede igualarlos, ni entendimiento alguno comprenderlos: *Fecit mihi magna.* Pero si Dios me ha tendido sus liberales manos para colmar de bienes mi alma, ha tenido tambien el placer de tenderme su brazo para libramme de todos los males: *Fecit potentiam.* Ved, pues, como la dichosa María es la que fue particularmente favorecida con esas dos miradas de amor y de proteccion: *Quia respexit humilitatem.*

29. Vosotras, almas cristianas, almas santas y religiosas, estáis tambien honradas del mismo modo; y esto debe llenar de paz vuestro espíritu. ¿Podré explicar bien esta verdad? ¿le será lícito á un pecador hablar dignamente de la paz de las almas inocentes? Digamos, hermanas mías, lo que podamos: hablemos de esas dulzuras inconcebibles, para renovar el gusto de ellas á los que las sienten, y excitar el apetito á los que no las han experimentado. No lo dudeis, ¡oh hijos de Dios! él os mira con amor, él os descubre su benigno semblante. Ciertamente es que muestra un rostro terrible, cuando una conciencia culpable, echándonos en cara el horror de nuestros crímenes, hace que Dios se nos aparezca como juez, con el semblante irritado. Pero cuando, en medio de una vida santa, infunde Dios en las conciencias cierta serenidad, entonces se nos presenta con un aspecto risueño y tranquilo, calma todas las turbaciones, y disipa todas las nubes. El hombre fiel que espera en él, no le

mira ya como juez, sino como un buen padre que le llama dulcemente á su lado; así es que le dice lleno de confianza: «¡Oh Dios, Vos «sois mi protector!» *Dicam Deo: Susceptor meus es* (Psalm. XLI, 10); y le parece que el Señor le responde: «Ó alma fiel, yo soy tu salvacion:» *Dic animæ meæ: Salus tua ego sum* (ibid. XXXIV, 3): de modo que goza de una completa paz, porque está protegido por la mano de Dios; y por cualquier parte que le amenacen, se eleva del fondo de su corazon una voz secreta que le fortifica, y le hace decir con seguridad: *Si Deus pro nobis, quis contra nos?* «Si Dios nos protege, ¿quién se atreverá contra nosotros?» (Rom. VIII, 31). «Si el Señor es mi salvacion, ¿qué podré temer? Si el Señor es el protector de mi vida, ¿ante quién podré temblar?» (Psalm. XXVI, 1).

30. Tal es, hermanas mias, la paz oculta que Dios comunica á sus siervos; paz que el mundo no puede comprender, y que, arrojada del siglo por el continuo tumulto que en él reina, parece haberse retirado á vuestra soledad. Pero no digamos mas: no pretendamos persuadir con nuestros discursos lo que la experiencia sola puede dar á conocer; y ya que no sea posible pintaros esa paz en sí misma, acabemos este discurso, manifestándoos algun efecto sensible de ella. El desprecio del mundo, hermanas mias, es lo que vemos en la continuacion del sagrado cántico; la falsa paz que promete, y las vanas dulzuras que hace esperar. Porque el alma refugiada en Dios, que goza las dulzuras de su santa paz, y que se ha acogido al Altísimo; cuando dirige una mirada al mundo, y le divisa á sus piés allá á lo léjos; desde lo alto de su inexplicable retiro, ó Dios, ¡cuán pequeño le parece, y cuán diferente de como le miran la mayoría de los hombres! ¡En qué estado le contempla! Ella ve á todas las grandezas abatidas, aterrados todos los soberbios; y en esta gran destruccion de las cosas humanas, nada le parece elevado sino los hombres sencillos y humildes de corazon. Por esto exclama con María: *Dispersit superbos* (Luc. I, 51): «Dios ha destruido á los soberbios,» *deposuit potentes* (ibid. 52): «Dios ha echado «por tierra á los poderosos,» *exaltavit humiles*, «y ha levantado á «los caidos.»

31. Penetraos, hermanas mias, de este sentimiento, que es el verdadero móvil de la vocacion religiosa; y para que lo comprendais mejor, considerad esa extraña oposicion de Dios y del mundo. Todo lo que Dios eleva, el mundo se complace en rebajarlo; todo lo que estima el mundo, Dios se complace en destruirlo y confundirlo: por esto Tertuliano decia tan elocuentemente, que habia una

emulacion entre Dios y los hombres: *Est emulatio divinæ rei et humanæ*. (Apolog. num. 50). En efecto, nosotros lo estamos viendo por experiencia. ¿Quiénes son aquellos á quienes Dios favorece? los que son humildes, modestos y prudentes. Y ¿quiénes son los que el mundo protege? los que son atrevidos y emprendedores: ¿no veis en esto la emulacion? ¿Á quiénes favorece Dios? á los humildes y sinceros. ¿Á quiénes favorece el mundo? á los sutiles y disimulados. El mundo quiere la violencia, para merecer sus favores: Dios no da los suyos mas que á la moderacion; y no hay cosa, ni mas grande ante Dios, ni mas inútil segun el mundo, que ese moderado término medio en el cual consiste la virtud. Ved aquí la emulacion entre Jesucristo y el mundo: lo que el uno eleva, el otro lo abate; y esta lucha durará siempre hasta la conclusion de los siglos.

32. Por eso, hermanas mias, el mundo tiene dos fases; una considerada en los bienes presentes, y otra con respecto á la última decision del siglo venidero. Los que miran el bien presente, dan la ventaja al mundo; ellos se imaginan que el mundo alcanza la victoria, porque Dios, que espera la ocasion, le deja gozar por un momento de una sombra de felicidad; contemplan á los que ocupan los puestos elevados, y admiran su abundancia: Hé ahí, exclaman, los únicos afortunados, hé ahí los dichosos... *Beatum dixerunt populum cui hæc sunt*. (Psalm. CXLIII, 15). ¡Tal es el cántico de los hijos del mundo! ¡Jueces ciegos y precipitados! ¿por qué no esperarais el fin del combate, antes de adjudicar la victoria? dia llegará en que venga el azote de la mano de Dios, y rompa como un vidrio, y convierta en humo todas esas grandezas que admirais. Así lo presiente la divina Virgen, y con ella los hijos de Dios que gozan de las dulzuras de su paz. Ven que el mundo combate contra Dios; pero saben que sus fuerzas no son iguales, y no se dejan deslumbrar por alguna ventaja aparente que Dios permite alcanzar á los hijos del siglo: porque consideran que la justicia de Dios ha de hacer que el éxito les sea funesto. Por eso se rien de su gloria; y en medio de la pompa de su triunfo cantan ya su derrota. No solo dicen: Dios destruirá á los soberbios; sino que exclaman: los ha destruido ya, *dispersit*; los ha reducido á la nada: no solo aseguran que echará por tierra á los poderosos, sino que los ven ya á sus piés, temerosos y espantados de su caida. Y en cuanto á vosotros, ó ricos del siglo, que os imaginais tener llenas las manos, ellos las ven pobres y vacías, y lo que vosotros poseeis no les parece nada, porque saben que la riqueza se escurre lo mismo que el agua: *Divites*

*dimisit inanes.* Ved, pues, toda vuestra grandeza abatida, y á Dios triunfante y victorioso. ¡Qué alegría para sus hijos, cristianos, el ver á sus enemigos postrados á sus piés y con la frente erguida á sus humildes servidores! Mirad, mirad sentados y establecidos en los mas altos puestos á aquellos á quienes tanto despreciaba el mundo: *Exaltavit humiles*; ¡oh! el mundo los creia pobres, pero Dios los ha colmado de bienes: *Esurientes implevit bonis.* (Luc. 1, 53).

33. ¡Oh victoria del Todopoderoso! ¡oh paz y consuelo de las almas fieles! Cantad, cantad, hermanas mías, ese divino cántico; él es el verdadero cántico de las que han despreciado el siglo: cantad la derrota del mundo, el aniquilamiento de las grandezas humanas, sus riquezas destruidas y su pompa convertida en humo; burlos de su triunfo de un dia, y de su falsa tranquilidad. Y vosotros que correis tras la fortuna, que no encontráis nada mas grande que lo que ella proporciona, ni nada mas hermoso que lo que ella da, ni nada mas agradable que lo que ella toca; ¿por qué os oigo hablar de este modo? ¿no sois los hijos de Dios? ¿no llevais el sello de su adopcion, el sagrado carácter del bautismo? ¿No es la tierra vuestro destierro, y el cielo vuestra patria? ¿por qué, pues, os oigo alabar al mundo? Si sois de Jerusalem, ¿por qué os oigo cantar el cántico de Babilonia? Todo cuanto me decís del mundo es un lenguaje bárbaro que habeis aprendido en vuestro destierro. Olvidad esa lengua extraña, hablad el lenguaje de vuestro país. Á los que veais gozar de los placeres, no los llameis dichosos; ese es el lenguaje del destierro: *Beatum dixerunt...* Aquellos cuyo Dios es el Señor, ved ahí los verdaderos dichosos (Psalm. CXLIII, 15); así es como se los llama en vuestra patria.

34. Consolaos con esta idea, vivid en paz con ella, y aprended de la santísima Virgen, para mantener en paz vuestra conciencia: primero, que el Señor os mira; segundo, que asegurados con este apoyo inmutable, no debeis dejaros deslumbrar por las grandezas del mundo, sino creer que está vencido, y atender á la gloria futura; y tercero, que si el tiempo os parece demasiado largo, debeis tranquilizaros con la fidelidad de las promesas divinas: *Sicut locutus est.* Lo que Dios ha dicho á Abraham se cumplirá dos mil años despues: él ha enviado su Mesías, tambien hará lo demás sucesivamente; y por fin gozaremos algun dia la eterna felicidad que nos ha prometido. Amen.

## ASUNTOS

## PARA LA VISITACION DE NUESTRA SEÑORA.

I. La Virgen, en su viaje de Nazaret á casa de su prima en Hebron, debe ser nuestro modelo y maestra para hacer santas y meritorias nuestras obras: 1.º en su comienzo; 2.º en su prosecucion; 3.º en su fin. No la induce á esta visita el tédio del retiro, ó el deseo de conversar con sus parientes, ó la duda acerca del misterio de la prodigiosa preñez de su prima; sino el espíritu de aquel Dios que la inundaba, espíritu de santificacion, espíritu de humildad. Del espíritu de Dios tengan tambien nuestras acciones su principio é impulso.—*Abiit cum festinatione*, esto es, la Virgen en su viaje observó una conducta perfectamente conforme al espíritu que la guiaba, á sí misma que se dejaba guiar, y al fin á que tendia. El espíritu que la movia era activo y expedito: ella era vírgen, y por esto andaba con toda modestia: su objeto era cooperar á la santificacion de Juan. Paralelo de imitacion.—Viaje coronado con los mas saludables resultados, por los cuales María tributa alabanzas á Dios, prorumpiendo en el mas bello cántico de nacimiento de gracias y de propia humillacion. Tambien nosotros, léjos de gloriarnos de nuestras obras, hemos de referir su gloria á Dios.

II. Tres personas singulares intervinieron en el misterio de este dia: Jesucristo, la santísima Virgen y san Juan Bautista. Jesucristo figuró como autor de la gracia: María como madre de la gracia: el Bautista como hijo de la gracia. Todos tres dieron hoy comienzo á las funciones de su ministerio. Jesucristo, santificando á un pecador, el de Redentor; la Virgen, pariendo á un escogido, el de madre; Juan, señalando al Mesías, el de precursor.

III. La Visitacion es una de las fiestas mas solemnes, por ser consagrada: 1.º á la gloria de Jesucristo, cuyas grandezas publica; 2.º á la gloria de María, cuya maternidad manifiesta; y 3.º á la gloria del cristiano, cuyo nacimiento indica. Esto es, ésta es la fiesta en que Jesucristo empieza á ejercitar las funciones de Redentor; María á ser conocida por Madre de Dios, y el cristiano á recibir el espíritu que lo anima.—Siendo tres las desgracias que incurrió el hombre con su rebelion, á saber, pecado, esclavitud y ceguedad, la gracia pedia en el Redentor la calidad de sacerdote para absolverle; de soberano, para librarle, y de doctor, para instruirle. Hoy